

LAS MEJORES FÁBULAS MITOLÓGICAS

Toni Llacay y Montserrat Viladevall



ÓNIRO

LAS MEJORES
FÁBULAS
MITOLÓGICAS

TONI LLACAY Y MONTSERRAT VILADEVALL

ILUSTRACIONES DE
FEDERICO COMBI

ONIRO

ONIRO

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

© Espasa Libros S. L., sociedad unipersonal, 2014

© del texto: Toni Llacay y Montserrat Viladevall, 2014

© de las ilustraciones, Federico Combi, 2014

Primera edición: marzo de 2014

ISBN: 978-84-9754-761-1

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 2.687-2014

Impreso por Cachiman Grafic, S. L.

Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo	9
Heracles y las manzanas del jardín de las Hespérides	11
Calisto y la historia de la Osa Mayor	17
Faetón y el carro de fuego	27
Eris y la manzana de la discordia.	43
El juicio de Paris, o la locura de elegir a la más bella	51
Ifigenia debe morir	59
Laocoonte y el caballo de Troya	73
Cassandra y la maldición de Apolo	81
Atenea y su curioso nacimiento	85
Hefesto y su traumático nacimiento	91
Hefesto y la infidelidad de Afrodita	97
Hermafrodito y el amor de la ninfa Salmacis	105
Adonis y el amor de las dos diosas.	113
Pigmalión y su estatua	121
Pandora y la tinaja maldita.	131
Io o la crónica de una venganza	141
Dafne, la mujer que prefirió transformarse en árbol.	151

Níobe y la muerte de sus hijos.	161
Hermes y la astucia precoz.	167
Dédalo y las alas mágicas	179
Edipo y la esfinge	187

HERACLES

Y LAS MANZANAS DEL JARDÍN
DE LAS HESPÉRIDES



Empezaremos con una historia divertida, cuyos protagonistas son Atlas, el de la torva mirada, y Heracles, enzarzado en el largo camino hacia su liberación y cuya gran virtud es su fuerza descomunal. Aunque en ocasiones, como la que nos ocupa, supo hacer caso de un buen consejo recibido a tiempo.

Allí mismo, en el principio y el fin de la tierra y del mar, junto a la horrible mansión de la Noche siempre envuelta en nubes oscuras, permanece por los tiempos de los tiempos el titán Atlas el torvo. Allí, solo, olvidado de todos, presencia jornada tras jornada cómo el Día se acerca a la Noche y cómo se saludan brevemente al traspasar el umbral de bronce. Nunca lo miran.

Ante él se erige el hermoso jardín de las Hespérides, custodiado por las propias Hespérides y por un dragón que vigila que nadie sustraiga ninguna de las manzanas doradas del árbol de Hera. Este dragón se divierte torturando al pobre

titán, que no puede abandonar su puesto sin causar una catástrofe universal.

Atlas fue uno de los titanes que se enfrentaron a los dioses olímpicos en la Titanomaquia, la guerra que mantuvieron dioses contra titanes. La derrota lo condenó a sostener sobre sus espaldas, durante toda la eternidad, la bóveda de los cielos. Se afirma que sólo su fuerza titánica —nunca mejor dicho— asegura que el cielo y la tierra se mantengan separados.

Aquella mañana, cuando apareció el joven Heracles, alegre y jovial, y liquidó al dragón del jardín, Atlas se sintió muy predispuesto hacia el muchacho. Heracles agradeció esta coyuntura porque necesitaba desesperadamente la ayuda del titán. Alguien le había dado un consejo vital para obtener las manzanas del árbol de Hera:

—No las tomes tú mismo. Consigue que lo haga el propio Atlas. Las Hespérides, jóvenes guardianas del árbol de la diosa, no sospecharán de él.

Heracles contó al titán todas sus tribulaciones. Tras muchos años luchando por recuperar su libertad, ya veía el fin de los doce trabajos que debía cumplir. Robar tres manzanas del jardín era su penúltimo trabajo.

Cuando Atlas oyó su relato se puso a reír a carcajadas. Heracles se ofendió:

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Que aunque hayas matado al dragón te va a resultar realmente difícil robar las manzanas a las Hespérides. Estas muchachitas son mis hijas y puedo decirte que son terribles cuando se enfadan. Ja, ja, ja.

Heracles rio con él y después le planteó su osada propuesta:

—Pero no sería tan difícil si lo hicieras tú.

—No, entonces sería rematadamente fácil. Pero debes de haberte dado cuenta de que tengo algunas dificultades para moverme. Ja, ja, ja.

—Que desaparecerían si yo mismo sostuviera la bóveda del cielo sobre mis hombros el tiempo que necesitaras para apoderarte de las manzanas.

Atlas lo miró gratamente sorprendido:

—¿Tú?

—Sí, soy el hombre más fuerte del mundo.

—¿Tú harías eso por mí?

—No, lo haría por mí.

Atlas permaneció largo rato en silencio. Podía tomarse su tiempo. Finalmente accedió.

Heracles hizo un esfuerzo hercúleo —nunca mejor dicho— para sostener la bóveda sobre sus hombros. Y Atlas se dirigió al jardín y tomó las tres manzanas sin que sus hijas ofrecieran la menor resistencia.

Pero conforme iba acercándose al joven héroe, sintiendo el gran placer que siempre proporciona la libertad, comenzó a pensar que tal vez podría llevar él mismo las manzanas al jefe de Heracles.

Cuando estuvo frente al héroe, que sufría terriblemente por el esfuerzo, le contó su idea. Heracles ya estaba preparado para tal contingencia. No le dijo que no.

—De acuerdo, Atlas. Pero, mírame bien. Estoy desbordado por el esfuerzo. Tal vez si colocara una almohada sobre mi cabeza no me resultaría tan doloroso sostener el cielo.

—Nunca lo había pensado.

—Y mientras tomo la almohada, ¿te importaría cargar la bóveda?

—¡Pues claro!

Y Atlas cargó de nuevo la bóveda del cielo sobre sus hombros mientras Heracles tomaba las manzanas y huía a toda velocidad.

—Ja, ja, ja.

Sin embargo, Heracles nunca olvidó a Atlas. Así que, cuando llegó al final de África, erigió dos enormes columnas para que mantuvieran separados el cielo y la tierra y, de esta manera, el titán recuperase su libertad. Sin embargo, ésta sería otra historia... que también merece ser contada.

¿SABÍAS QUE... como era habitual representar a Atlas con la tierra sobre su nuca, bautizaron con el nombre de «atlas» a la primera vértebra de la columna vertebral humana, la que sostiene directamente la cabeza?